

Habla la Ceiba

FELIX MATOS BERNIER

Periodista y Escritor

“Habla la ceiba” es –creo- el poema épico-lírico más importante y más brioso de Félix Matos Bernier (1869-1937); un poema de recia factura romántico-parnasiana, en consonancia con los versos cincelados y robustos de Gaspar Núñez de Arce (1834-1903), tan admirados por nuestro autor.

“Habla la ceiba” se publicó por primera y última vez en el primer número de **La crítica**, Magazine Hispanoamericano fundado por el Dr. Juan P. Raldiris Guasp (1860-1937), en 1915. Dicho número, que es de una calidad extraordinaria, apareció el 10 de junio del mencionado año. Se puede, pues, considerar, ya que no aparece en sus libros ni lo mencionan los estudiosos de su obra, como un texto prácticamente desconocido; un texto que merece ser rescatado, tanto por su valía literaria como por su significación histórica. Esta sólo se capta bien a la luz de la peripecia política de su autor, Félix Matos Bernier, quien, a su arribo de las tropas norteamericanas a las playas de Guánica, se puso de inmediato e incondicionalmente a disposición de Nelson A. Miles, a quien remitió una carta muy importante al respecto. El lector interesado la puede encontrar en la **Crónica de la guerra hispanoamericana en Puerto Rico**, de Angel Rivera, páginas 232-233. Félix Matos Bernier, al igual que otros puertorriqueños veía en este arribo la liberación de la Isla, por la que tantos habían luchado y sufrido.

Simultáneamente, lleno de entusiasmo y de esperanza liberadora, dedicaba al presidente Mac Kinley su “canto a la patria”, un poema escrito en la cárcel de San Juan donde fue recluido como consecuencia de su participación en la “intentona

de Yauco” (1897) y que acababa de publicar la Imprenta **Listín Comercial de Ponce** (1898). El texto de esta dedicatoria a William Mac Kinley, cuyo nombre considera inmortal, dice así:

A él, como lidiador de esta nueva era dedico este trabajo, para que cuando descanse de los estudios de esta guerra de libertad, lea en sus fragmentos cuál era la situación de Puerto Rico ayer, y lo que sintió mi alma, iluminada por las caridades del amor, a la patria, al derecho y a la justicia: ¡Santos ideales que no han podido abatir en las Antillas ni las bayonetas de Weiler, ni las suspicacias de Dupuy de Lome ni los procesos militares de Rafael Ubeda y Santiago Escudero!

Félix Matos Bernier,
Ponce, agosto de 1898

Pero sus esperanzas de libertad no fraguaron. Mac Kinley y los suyos no liberaron a Puerto Rico. De aquí el sentido trágico de desengaño que embarga a esa ceiba que, como personificación de Puerto Rico, relata su historia. De aquí, igualmente, la súplica final de la misma. Ahora bien, esa ceiba, aunque inespecífica en el texto, tiene su referente inmediato en la de Ponce, singularísimo y extraordinario monumento de la Naturaleza que enaltece más, acaso, que ningún otro, la iconografía y la emblemática de la Perla del Sur, ciudad donde el poeta residía.

J.C.

Habla la Ceiba

Para "LA CRITICA"

He vivido en los tiempos de Guaybana, el indio bravo,
que jamás fue sometido, que no quiso ser esclavo;
con los tiempos del valiente Guarionéx, aquel valiente
que comparte con Guaybana la merienda de su gente;
con los tiempos fabulosos del indígena reinado
que se pierde como un sueño tras la sombra del pasado.

He vivido con los siglos: he tenido ante mi vista
la tragedia del desastre y el pavor de la conquista.
Bajo el palio de mis brazos vi cruzar generaciones
tumultuosas: las rebeldes de Areziba, las legiones;
de Broyoán, los atrevidos asaltantes de Salcedo
cuya rota fue el "eureka" de las cábalas del miedo;
y a mi sombra compasiva los patriotas descansaron;
los patriotas de aquel pueblo cuyos reyes no cesaron
de batir con el esfuerzo de su brazo y su heroísmo,
por su tierra y sus caciques, el extraño caciquismo.

Bajo el palio de mis ramas, tribus, hombres y grandeza
de nativos y españoles, desfilaron con viveza,
como sombras, como aristas del ciclón de las edades,
como malvas arrancadas por furiosas tempestades;
y a través de las terribles convulsiones legendarias
que tuvieron por teatro las montañas solitarias
y los llanos entunados y los caños de los mares,
ví surgir un pueblo nuevo, nuevos cultos, nueva vida,
que crearon otras luchas. -Cual la tierra prometida
que sonaron los egipcios, esta tierra borinqueña
fue gozada como el beso de un amor con que se sueña.-

Soy la historia y la prehistoria. Puedo hablar de ese
pasado
que se esconde ante los ojos del etnólogo cansado
y es tragedia en las leyendas y leyenda en el
poema
y en el mundo de la ciencia geroglífico y
problema.

Soy pasado y de sus hechos el auténtico testigo:
soy presente y el heraldo de sus crónicas. Conmigo
no tuvieron ni reservas ni cuidados ni recelos
los severos invasores. De sus luchas y desvelos
tengo diáfanos memorias, y así mismo de la raza
que barrida por el tiempo no ha dejado ni su traza.
De Colón, Oviedo, Herrera, nada ignoro: yo tenía
mi silencio por escudo: nadie oyó la queja mía:
pero yo también soy parte de esos tiempos abatidos

y alma soy de aquesta tierra cuyos campos destruidos
dieron predio a otros cultivos, a otros brazos alimento,
y a otros seres, no a los propios, consistencia y valimiento.

De mi edad no existe fecha. Con mis últimos amores,
con el culto de mi siglo se murieron los mayores
compañeros de mi vida. De mi sombra generosa
fueron últimos amigos el indígena y su esposa
que en idilio quejumbroso se juraron sus amores
presintiendo ya sus luchas y sus íntimos dolores.

Yo escuché de sus areytos la monótona alegría
cuando el Sol como un espectro rojo y negro se ponía
y les vi pasar muy tristes internándose en el monte
mientras ese Sol de sangre trasponía el horizonte,
como humildes convencidos de su fin y su desgracia
que, aunque imploran, no reciben las mercedes de la
gracia,
que no tienen esperanza ni la esperan de la vida,
y, aunque luchan por su patria, saben ya que está perdida.

¡Oh qué tiempos dolorosos y que trágicos instantes!

Vi correr a las esposas de los indios anhelantes
hacia el fondo de los bosques con sus hijos a la espalda,
con el sol que las hostiga y el calor que las escaldaba,
con la prisa y el espanto de gacelas perseguidas,
bajo el plomo despiadado de las balas fratricidas.

¡Oh, que tiempos de vergüenza, de dolor y de egoísmo,
que llamaba honor al crimen y maldad al heroísmo!

¡tiempos nunca satisfechos que tenían como gloria
lo que un día que no tarda será crimen en la historia!

Ya pasaron, ya pasaron como sombras caprichosas:

Bien podría repetirse que vivieron como rosas
Un instante, pero instante de pavor y de inclemencia
en que todas las grandezas del amor y la conciencia
por los surcos de su carro como légamo rodaban
y en el nombre de Dios uno, Dios y vida ultrajaban!

Mis paisanos ya no existen. Bajo el arco de la espalda
desfilaron. Su existencia pesarosa y desolada
fue rindiéndose a los hechos y el lugar de sus viviendas
los extraños invasores levantaron nuevas tiendas. ¡Luego,
paz para los muertos! Ellos fueron más dichosos que los
otros descendientes, los isleños decorosos
que ligaron su destino con sus cunas a este suelo
y sintieron en la espalda los azotes del abuelo.
¡Que de largas aventuras no descritas y esperadas
y que triste desenlace de tragedias no soñadas!
¡Que de amargos infortunios! Es verdad que hubo



La Ceiba de Ponce, Luis González Sotomayor
Fotomontaje

progreso: mas, no bastan los ardores de sus énfasis: no es éso simplemente lo que sueña todo pueblo enamorado de sus propias facultades y virtudes, y empeñado en combates de justicia, de ideal, de civilismo, y que tiene la rebelde concepción de patriotismo.

¡Qué de largas aventuras y tragedias no soñadas bajo el oro de las golas y la cruz de las espaldas!...

Surgió lenta, lentamente la ciudad con su atavío se explotaron las montañas: se alzó en ellas el bohío del experto aventurero, sembrador y metodista que a la tierra vino en barcas de la histórica conquista. Surgió el Pueblo: fue Caparra la ciudad predestinada: San Germán, en las entrañas de la Isla: en las riberas otras tantas poblaciones cobijaron las banderas de oro y gualda. Era el imperio colonial que ya surgía sobre el otro inerme débil de la raza que moría.

Vida nueva para todo. Campos, ríos, soledades fueron predios asaltados por las regias potestades; y ante mí, qué silenciosas vi pasar hechos y vidas, eran horas de tinieblas con mi duelo confundidas.

Vida nueva; pueblos nuevos. Era un mundo que nacía y una vida exuberante saludaba al nuevo día con sus hábitos y leyes, con sus cultos sus empresas, su familia, su gobierno, sus designios y promesas, con el brillo de sus armas y la cruz de sus altares y sus ciencias y sus artes y sus modas seculares, con su piel alabastrina, su romántica belleza, y el contorno y el aspecto de su fuerza y su fiereza.

Tal, en síntesis, aquella volición del pensamiento de los nuevos propulsores del Progreso. Su violento predominio era el empuje de una sangre ya agitada por diez siglos de aventura. Tal la histórica jornada, en que el pueblo que surgía nada quiso del pasado sino el predio de la tierra por el Sol acariciado, la grandeza de la cima donde el lirio es un emblema y es un ópalo el celaje y el nidal es un poema.

Tal, risueña como tantas,—la real calcomanía: corto esfuerzo, rica ofrenda, mucho azul en breve día, y en el fondo, las tinieblas del horror de la victoria, como horror de aquellos tiempos, coronado por la gloria.

Pasó ya la densa bruma... Y ahora pasan los abuelos bajo el sol de nuevos tiempos y el azul de nuevos cielos, y no son los de la raza, ni los mismos que fundaron,

sino nuevos invasores que otras iras desataron sobre campos y ciudades preparadas al Progreso, con el peso de las arnas, de la fuerza bajo el peso. Y allá van nuevas legiones al tronar de los cañones; y allá van con sus carrozas las intrépidas legiones.

Ya no es obra de conquista del altar y del acero, sino nueva sacudida de la fuerza en su altanero paso-doble hacia otros fines de política moderna que pregona la justicia de la fuerza, siempre eterna. Ya no matan al isleño, pero baten su alma herida, sus costumbres y sus leyes, sus derechos a la vida, su constante resistencia, sus ansiadas libertades, y el idioma de sus padres que a través de las edades, como herencia cuidadosa de la musa castellana dejó España en estas tierras de la musa americana; Ya no mueren los caciques bajo el plomo fratricida, y en los ámbitos callados de los clásicos hogares y en las aras silenciosas de los místicos altares y en las costas arropadas por los hierros absorbentes, y en los líricos jardines y las gárrulas corrientes, un sollozo de otra raza y otros pueblos usurpados, se alza como los sollozos de los pechos desgraciados, y se pierde mansamente, mansamente, mansamente, mientras todo un pueblo baja frente al ídolo la frente.

Es la Historia ¡sacra Historia! que a la postre se repite: con el ruido de Santiago y el destrozo de Cavite; ¡con las páginas de sangre con que traza la victoria la leyenda de los siglos, la tragedia de la Historia!

Santo Dios! Solo yo vivo; y a través de las edades me consumo en mis silentes angustiosas soledades como eterna centinela, como heráldico testigo de los hechos que me tienen por leyenda y como amigo. ¡Santo Dios! Que tus rigores me destruyan en un día. si no quieres a estos pueblos amparar en su agonía; y que al rayo de tus iras, mas qua el fuego del extraño, deba yo rendir mi frente, deba yo mi último daño; y que, al fin de mis despojos hacinados por el viento, haga el último, vencido de este pueblo descontento los abonos de su huerta, de su huerta única y sola, que conserve como un resto del hogar del borincano, las virtudes heredadas de la mártir española con las nobles resistencias del patriota americano!